

CRONICA INTELLECTUAL

LA SEMANA SOCIAL DE LILA

El desorden económico que aflige al mundo preocupa hondamente a todos los sociólogos por los males actuales que causa y por las consecuencias gravísimas que puede acarrear a la humanidad. Su Santidad Pío XI que se apiada de las multitudes dice, con mucha razón, en su hermosa Encíclica **Caritate Christi Compulsi** "si recorremos con el pensamiento la larga y dolorosa serie de males que, triste herencia del pecado, han señalado al hombre caído, las etapas de su peregrinación terrenal, desde el diluvio en adelante difícilmente nos encontraremos con un malestar espiritual y material tan profundo, tan universal, como el que sufrimos en la hora actual; hasta los flagelos más grandes que han dejado ciertamente en la vida y en la memoria de los pueblos huellas indelebles, cayeran ora sobre una nación ora sobre otra. En cambio ahora la Humanidad entera se encuentra tan tenazmente agobiada por la crisis financiera y económica, que cuanto más se agita, tanto más indisolubles parecen sus lazos: no hay pueblo, no hay estado, no hay sociedad o familia, que en una u otra forma, directa o indirectamente más o menos, no sientan su repercusión".

La causa de ese desorden proviene del **materialismo económico**, que ha dado origen al liberalismo, al capitalismo individualista, al mamonismo. El hombre olvidándose de su fin sobrenatural ha concentrado toda su inteligencia y toda su actividad sobre los bienes de este mundo. La riqueza se ha convertido de medio en el único fin de los esfuerzos de los poderosos. Se trabaja no para vivir sino para ganar. Ese afán desmedido de lucro ha pervertido las nociones más elementales de justicia social, de esa justicia que León XIII ha proclamado con tanta elocuencia, al recordar que las riquezas no deben solo servir para el bien particular de unos pocos sino también para el bien común; que siendo el trabajo del obrero el único medio de que dispone para mantenerse y con el a su familia, debe ser su salario bastante elevado para cubrir los gastos que demanda manutención de una familia honrada; que cooperando el obrero juntamente con el

capitalista en la producción, es injusto que ya el uno, ya el otro se alce con todo el fruto; que los sindicatos católicos son un medio muy eficaz que los obreros católicos deben aprovechar para defender y fomentar sus derechos; que la recta organización del mundo económico no puede entregarse al libre juego de la competencia. Estos principios y otros más de justicia social que las Encíclicas Pontificias han venido a recordar al Mundo, mucho antes de que el socialismo los mencionara, son combatidos naturalmente por el liberalismo económico, que no conociendo sino la ley de la demanda y de la oferta no vacila en abonar sueldos irrisorios, en sujetar a trabajos desmedidos a mujeres y niños, en sustituir la máquina a la mano de obra con lo que los capitalistas despiadados se enriquecen más y más al par que el número de los pobres y de los desocupados vá en aumento cada día.

A tamaños males el socialismo propone sus remedios que consisten principalmente en establecer la propiedad colectiva, en la supresión de la propiedad privada, de la misma familia y de todo ideal religioso pues pretende prescindir de Dios y de la vida futura creyendo poder establecer el paraíso en la tierra.

Aunque no todo sea bueno fuera del socialismo "y si acaso el socialismo como todos los errores tiene una parte de verdad el concepto de la sociedad que le es característico y sobre el cual descansa, es inconciliable con el verdadero cristianismo" (Encíclica Cuadragésimo Año).

Los verdaderos remedios son otros. Nos los indica Su Santidad Pío XI y consisten en la reforma de las costumbres, en la cristianización de la vida económica, en una palabra en establecer la economía sobre su base verdadera, a saber: la moral que precisamente nos enseña los preceptos de justicia social y de caridad, que fuera de ella es vano buscar.

En vista, pues, de la gravedad del desorden económico reinante en el mundo, y del peligro moral y religioso que se deriva de la propaganda socialista y comunista, los directores de la "Semana Social" de Francia han escogido por tema de sus trabajos del presente año: "El Desorden de la Economía Internacional y el Pensamiento Cristiano".

Hace veinticinco años se inauguró en Francia ese Congreso Anual de Sociólogos católicos llamado "Semana Social", cuyo fin es estudiar un punto determinado de la Cuestión Social a la luz de las

enseñanzas de la Iglesia y de la Filosofía Cristiana. Esas reuniones anuales donde se dan cita los maestros de más renombre y los directores de obras sociales, se verifican en lugares distintos para que todos los puntos de la Nación puedan oír a los heraldos del pensamiento católico y a todos se manifieste su fecundidad y pujanza.

En torno de esas cátedras ambulantes se apiña un auditorio cada año más numeroso y muy singular, pues, en ninguna parte se encuentran como en las Semanas Sociales, tantos hombres laborando en la acción social o en el apostolado católico bajo todas sus formas: Sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, industriales, abogados, médicos. Todos los asistentes a la semana social son personas de influencia en sus regiones respectivas; todos ellos son aptos para dar alguna lección de doctrina o de experiencia, y sin embargo, cuales oyentes dóciles siguen asiduamente las lecciones de los conferencistas, y mañana procurarán realizar y difundir en su medio las enseñanzas últimas de la economía cristiana. Por lo demás el valor científico de las Conferencias se vá imponiendo con los años. En 1920, en el Havre, se trató de los "Problemas de la Vida Internacional"; en 1927, en Nancy, de "La Mujer en la Ciudad" en 1928, en París de "La Ley de Caridad, principio de Vida Social, en 1929 en Besancon, de Las nuevas condiciones de la Vida Industrial, en 1930, en Marsella, de "El Problema Social en las Colonias"; en 1931, en Mulhouse de "La Moral Cristiana y Los Negocios". Cada uno de los volúmenes en que han sido recogidas las lecciones dadas en las respectivas "Semanas Sociales" constituyen como una suma de la cuestión estudiada.

La Semana Social de este año de 1932, tanto a causa del tema escogido: **El Desorden de la Economía Internacional y el Pensamiento Cristiano**, como por el sitio de la reunión, la ciudad de Lila; centro de grandes autoridades industriales y sociales, ha reunido el auditorio más numeroso y selecto que jamás se haya visto. Fuera de las altas personalidades francesas, eclesiásticas y civiles, han concurrido a las conferencias numerosos delegados de las naciones extranjeras: en tres mil se ha calculado el número de los asistentes. En resumen la gran institución de las Semanas Sociales en Francia ha conseguido en Lila su mayor triunfo y su éxito definitivo, y las enseñanzas que en ella se han dado, han superado las expectativas de sus oyentes.

En la sesión solemne de inauguración ante una inmensa muchedumbre, el 25 de julio S. E. el Cardenal Lienart, obispo de Lila,

recordaba los principios en que se inspiran las lecciones de todas las Semanas Sociales que son los principios sobrenaturales, el principio de colaboración universal.

“Sois católicos, dijo S. E. el Cardenal, y vuestra ciencia no quiere limitarse a los datos humanos ni a las leyes de la experiencia ella se ilumina a la claridad superior del pensamiento cristiano que tantos otros desconocen. En ese horizonte más vasto divisaréis, tras los acontecimientos inquietantes del día, ciertos imponderables cuya acción es sin embargo decisiva en la marcha de los negocios: son los vicios y las virtudes, el error y la verdad. Creo con mucha razón que para corregir los desórdenes frutos del error y del vicio no hay mejor remedio que dirigirse a la Iglesia en demanda de verdad o de virtud. . . .”

Conforme a ese espíritu el Presidente de la Semana Social, Eugenio Duthoit, había recordado en la una lección preliminar que la economía para ser humana, debe ponerse al servicio del hombre, porque si el hombre se pone al servicio de la economía, se vuelve una máquina de producción, estableciéndose como consecuencia la explotación de los más en favor de unos pocos.

Por haber dejado en olvido esos principios, el mundo sufre la horrible crisis presente que no tiene parangón en la historia.

Sin embargo esta crisis actual ha manifestado a las naciones más poderosas la evidencia de la solidaridad internacional, lo que puede conducir las a una noción más justa del bien común en la Economía Internacional. A éllo se llegará sin duda, agregó otro orador siempre que se restablezca la supremacía de lo espiritual sobre lo temporal, es decir el Primado de la Justicia y de la Caridad sobre el espíritu de lucro y de ganancia siempre que de acuerdo con las enseñanzas de la Santa Sede y de la Enciclica “*Quadragesimo Anno*” se reconozca **la existencia del Bien Común Internacional, con el que deben coordinarse las economías nacionales** así como deben coordinarse con estas los intereses particulares.

La manera de resolver la crisis actual sería establecer la **Economía Dirigida** que requiere una autoridad, la del Estado, con la condición de que se emplee sobre todo en preparar el Estatuto Legal de la Institución corporativa, porque lo que se debe realizar es el régimen de la asociación libre dentro de la profesión organizada. De esta se originará la economía coordinada cuyo fin será no la fusión

imposible de los intereses diversos y propios de cada nación sino su ordenación, de modo que la economía mundial se coloque al servicio de la civilización humana, y esta civilización al servicio de Dios.

Al terminarse las lecciones, el Presidente de la Semana Social M. Eugenio Duthoit dió lectura a los acuerdos o conclusiones que compendian la doctrina de los conferencistas. Ponemos a continuación las más importantes:

El Pensamiento Cristiano debe intervenir en el debate doctrinal provocado por la crisis actual. Excelente conocedora de la naturaleza humana, la Iglesia invita a los individuos y a los pueblos a realizar sobre el plano temporal, el orden, la cohesión que reclama la naturaleza y que élla, la Iglesia realiza plenamente en su propio dominio.

La idea central que los recientes documentos de la Santa Sede ponen en relieve aplicándola al orden económico nacional e internacional, es la del **bien común**, que se presenta como un fin en la cumbre de la organización económica. Esta reclama la libertad tanto de los individuos, como de los grupos interesados, y una forma de virtud que en toda sociedad, norman los deberes de los miembros para con el bien común: la justicia social que debe regir el vasto conjunto orgánico de la vida internacional.

Con el nombre de **Economía Dirigida** se designa una concepción que, si es mal comprendida, daría como resultado el socialismo de Estado pero que, inspirándose en las enseñanzas pontificias disciplinará la libertad sin destruirla. El rol esencial del Estado consiste no en tomar en sus manos la dirección de la economía, sino en preparar el Estatuto Legal de la institución corporativa. El estado orientaría de ese modo al mundo económico hacia las soluciones corporativas que da a la acción de los mismos interesados su plena medida, y no hacia las soluciones dictatoriales en las que el servicio del bien común exige la acción del poder público, serían preparadas para la colaboración efectiva de los individuos de las corporaciones de las regiones y del poder central.

Sobre el plano internacional, el orden económico excluye la separación en economías cerradas, así como la fusión en una sola de las diversas economías nacionales. Estas deben comunicar entre sí actuar de concierto, completarse en vista de un fin que supera la **economía**: la irradiación de la civilización humana según el con-

cepto cristiano, que tiende a una mayor fraternidad, a una mayor espiritualidad entre los hombres.

La "Semana Social" no solo ha sido una semana de enseñanza, sino que ha sido también una semana de oración. Principió con una misa solemne en la que muchos recibieron la Sagrada Comunión, y este mismo acto se repitió todos los días de la Semana. Además se celebraron dos veladas eucarísticas, y por fin los conferencistas organizaron varias asambleas y reuniones públicas tanto en Lila como en las ciudades vecinas, en donde los oradores de "La Semana" procuraron con mucho celo y talento divulgar entre las masas obreras las enseñanzas de la Iglesia y los medios y las luces tan fecundas que ofrece a la sociedad para resolver la crisis presente.
